ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

LOS DEDOS HUÉSPEDES,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

POR

JOSÉ MARÍA ANGUITA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

LOS DEDOS HUÉSPEDES.

LIBRERIA DE DUESTA
CARRETAS 9 MADRID

LOS DEDOS HUÉSPEDES,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

POR

JOSÉ MARÍA ANGUITA.

Estrenado con gran éxito en el Teatro de APOLO el 3 de Junio de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

715540

PERSONAJES.	ACTORES
JUANA	SRTA. CALDERON.
EMILIA	SRA. FERNANDEZ.
PEPA	SRTA. PEREZ.
ROSA	N.
QUIROGA, droguero y herbolario	SR. CASTILLA.
D. BENITO, tendero de ultramarinos.	GUERRA.
D. MARCOS, id. de telas	JIMENEZ.
CALISTO, dependiente de Quiroga	PEÑA.
EUSEBIO, id. de D. Marcos	CALVO.

La escena es en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la trastienda de la droguería de Quiroga. Á la derecha (espectador) en primer término, carpeta ó mesa de escritorio con frascos y artículos de dicho comercio; en segundo término puerta al exterior. Al fondo puerta á la tienda; á la izquierda en primer término puerta á las habitaciones interiores, en segundo término un armario ó aparador.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen EUSEBIO saliendo de las habitaciones interiores y CALISTO sentado á la carpeta y escribiendo.

EUSEBIO. (Despidiéndose junto á la puerta de la izquierda.) Muy bien, señora; á las seis estaré aqui... (Á Calisto.) Vaya, amigo, que usted se divierta.

CALISTO. (Poniéndose la pluma detrás de la oreja.) Hombre, ¡hable usted con la gente! Desde que no nos vemos...

EUSEBIO. No nos conocemos... Eso digo yo. Le veo á ustad tan ocupado...

CALISTO. Poniendo una receta.

EUSEBIO. Una receta?

CALSITO. Sí; es encargo que me han hecho. (Dejando la mesa. Conque, ya sabrá usted que tenemos hoy gran comida.

EUSEBIO. La señora acaba de decirme que venga á las seis en punto.

CALISTO. ¿Está usted invitado?

EUSEBIO. Sí; á servir á la mesa.

CALISTO. Ah! Pues hoy, octavo aniversario de la apertura del establecimiento, comen con nosotros don Benito el tendero de ultramarinos y don Marcos su amo de usted.

EUSEBIO. Ya sé que están convidados mi principal y la señora; no digo como ántes, «nuestro principal,» porque usted nos abandonó.

CALISTO. No he dejado de sentirlo. Sin embargo, yo estaba allí como gallina en corral ajeno, y tarde ó temprano, aunque don Benito y el señor Quiroga no me hubiesen solicitado, yo habria vuelto al comercio de drogas, que es mi elemento. Y ¿cómo anda aquello?

EUSEBIO. Mal. Desde que usted se marchó, hace un mes, la cosa está desconocida. (Saca cigarrillos y ofrece á Calisto.)

CALISTO. (Tomando uno.) Gracias.

EUSEBIO. Las parroquianas preguntan por usted á cada momento.

CALISTO. (Con vanidad.) Preguntan, eh?

EUSEBIO. (Echando una cerilla.) Casi todas! ¡Oh! Usted despachaba mucho! Ya se lo dije yo al principal cuando usted salió de la casa. Y él lo conoce, no crea usted... pero don Benito y el señor Quiroga se empeñaron en sacarle á usted de allí.

CLISTO. (Con fatuidad.) Sí... Dieron en decir que hacía falta en la droguería.

EUSEBIO. Y como don Marcos no sabe negar nada á sus amigos...

CALISTO. Despues de todo, es mi ramo...

EUSEBIO. La que ha echado un genio de los diablos es la señora. No hay quien la aguante! Y tambien se acuerda mucho de usted!

CALISTO. Usted sabe lo que había. Mi larga práctica en el co-

mercio de drogas me ha dado á conocer ciertas preparaciones químicas de tocador. Á doña Pepita le gusta darse un poco de... (Pasándose la mano por la mejilla.)

EUSEBIO. Sí... ya...

CALISTO. Y yo preparo un agua prodigiosa. Es un secreto árabe!

EUSEBIO. ¿Árabe? No he visto ningun árabe tan blanco como doña Pepita. Pero, la verdad, no sé cómo el amo tiene paciencia para oir á su mujer tanto «Calisto arriba, Calisto abajo,» «si estuviese aquí Calisto.» «Si no le hubiésemos dejado marchar!» ¡Le digo á usted que... (Rompiendo á reir.) já! já! Ya está usted bueno! (Dándole una palmada en el hombro.)

CALISTO. (Con gravedad.) Hombre!... Poco á poco... En el comercio ciertas bromas...

EUSEBIO. ¿Qué he dicho yo?

CALISTO. Bajo palabra de caballero le aseguro que si había alguna confianza, alguna intimidad entre nosotros, era debida exclusivamente á la circunstancia de conocer yo esa preparacion química...

EUSEBIO. Bien. Pero de todos modos usted tiene mala fama!

CALISTO. Confieso que no me falta partido entre las mujeres.

EUSEBIO. Vamos...

CALISTO. Les soy simpático por mi carácter alegre, porque toco la guitarra y...

EUSEBIO. Así dice don Marcos.

CALISTO. ¿Qué dice?

EUSEBIO. (Bajando la voz.) Que doña Juanita... la de aquí... no le mira á usted con malos ojos.

CALISTO. Hombre, por Dios!

EUSEBIO. Lo que usted oye.

CALISTO. Nada! No se da otro ejemplo de tres amigos como don Marcos, don Benito y el señor Quiroga!

EUSEBIO. Los tres casados... Los tres tenderos...

CALISTO. Y los tres siempre pensando mal de la mujer del prójimo.

EUSEBIO. Tiene usted razon. Á mí no me quita nadie de la cabeza que el sacarle á usted de la casa fué debido á esa des-

confianza. Don Benito y el señor Quiroga sospecharon de usted.

CALISTO. Qué barbaridad!

EUSEBIO. Y ahora es don Marcos el que asegura haber sorprendido entre usted y la de aquí...

CALISTO. Chist!.

EUSEBIO. (Bajando la voz.) Ciertos indicios de una familiaridad bastante sospechosa.

CALISTO. De veras?

EUSEBIO. Y habla de tomar una resolucion.

CALISTO. Ese hombre está loco!

EUSEBIO. Dice que doña Juanita le trata á usted con demasiada amabilidad.

CALISTO. El agua, amigo mio, el agua!

EUSEBIO. ¿Aquí tambien?.

CALISTO. Ya lo creo! Cuando doña Juanita ha sabido que el color de la mujer de don Marcos, aquella blancura deslumbradora es obra mia, ha procurado ganarse mi voluntad.

EUSEBIO. Cáspita! cáspita! Le digo á usted que su secreto árabe es un verdadero talisman! Pero hablando de otra cosa, ha de saber usted que muy pronto abandonaré la vida de soltero!

CALISTO. Dóile mil enhorabuenas!

EUSEBIO. (Mostrando una llave.) Todo está listo. Si supiera usted lo que hay bajo esta llave! Si viese usted aquel nido de palomas! Pero no la verá! Caramba! Le tengo á usted miedo con su guitarra y sus secretos árabes!

CALISTO. Já! já! Conque al fin?...

EUSEBIO. Al fin el padrino de Rosa consiente en la boda, y ademas nos facilita recursos para establecernos en el comercio de ropa blanca.

CALISTO. ¿Sí?

EUSEBIO. ¡Qué feliz voy á ser con mi tienda y con mi Rosa! (Tirando la gorra por alto.) Pero creo qne viene el ama. Hasta luégo.

CALISTO. (Dirigiéndose al pupitre.) Adios!

ESCENA II.

CALISTO.

Diablo! diablo! ¿Será cierto que doña Pepita está por mí? Qué tendría de extraño! No seré yo el primer dependiente de comercio en quien haya puesto los ojos la mujer de su principal. Pero no!... Yo lo habría conocido! No se me escapan á mí esas cosas! Todo nace de un error, de un hecho inocente mal interpretado por la suspicacia ridícula de los amigos de don Marcos. La noche que le dí á doña Pepita el último frasco de mi agua, para blanquear el cutis, estábamos en la trastienda. Eusebio había subido al entresuelo á buscar una pieza de cretona y se había llevado la luz. Doña Pepita me esperaba oculta entre una pila de mantas de Palencia y dos rollos de alfombra. Sigilosamente me acerco á su escondite, la doy el frasco, ella me da las gracias, y al mismo tiempo trata de introducir un duro en el bolsillo de mi americana. Resístome y luchamos un momento, pero este fué tiempo bastante para que nos sorprendiesen, Eusebio que apareció con la luz en el caracol, y don Benito y el señor Quiroga, que acababan de entrar en el almacen. Al dia siguiente me trajeron aquí, donde esperaba vivir tranquilo; más salimos ahora conque don Marcos ha dado en sospechar de la mujer del señor Quiroga, como ántes éste y don Benito desconfiaron de la de don Márcos. Porque parece que el diablo lo hace!... Si amable y buena era conmigo doña Pepita, doña Juanita es la amabilidad misma. Eso sí, tengo suerte con las amas! Como soy tan simpático! Pero esta suerte puede ser mi desgracia! Nada! Señor Calisto, lo primero es la carrera! Hay que quitar todo pretexto á las sospechas de ese majadero de don Marcos; hay que ser huraño encogido, salvaje... Y yo que he nacido para la sociedad y la ga-

lantería!... yo que tengo un corazon que se me hace jalea en cuanto una mujer me enseña los dientecitos!

ESCENA III.

CALISTO, JUANA.

JUANA. (Sale por la primera puerta de la izquierda mirándose la bata que trae puesta, y se para delante del pupitre donde Calisto continúa escribiendo.) Está corta... si... Calisto!

CALISTO. Mande usted, señora.

JUANA. ¿No ha salido corta la bata?

CALISTO. (Deja la pluma y se vuelve.) ¿Corta? No señora; cinco centímetros. No las hacíamos más largas en casa de don Marcos...

JUANA. Se descubre mucho el pie...

CALISTO. (Se levanta.) ¿Mucho? ¿Á ver? Á mí me parece que se ve poco. (Sonriendo.)

JUANA. ¿De veras?

CALISTO. Sí, porque hay piés que nunca se ven demasiado! (Atusándose el cabello con aire de conquistador.)

JUANA. Ya es usted bueno!...

CALISTO. Ademas la tela ha de ceder algo todavía... (Hinca la rodilla y tira de la falda.)

JUANA. ¿Qué hace usted? (Apartándose un poco.)

CALISTO. Tirar... para que preste...

ESCENA IV.

DICHOS, D. MARCOS.

MARCOS. (Desde la puerta.) Qué veo!

CALISTO. (Levantándose precipitadamente.) (Ap.) (Don Marcos!)

MARCOS. ¿Y Quiroga? ¿Dónde está Quiroga?

JUANA. ¿Es usted, don Marcos? Buenos dias. ¿Y en casa?

MARCOS. (Yendo de un lado para otro.) ¿Dónde está Quiroga?

JUANA. Ha salido.

MARCOS. (Ap.) (Es la tercera vez que los sorprendo!) (Alto.) ¿Ha salido?

CALISTO. (Ap.) (¡Qué ojos me echa! Se ha escamado.) (Alto á Juana.) Pues sí señora, está bien de largo esa bata. ¿No es verdad, don Marcos?

MARCOS. (Ap.) (Hum! De largo. Tú sí que eres largo! Pero ya te ataré corto! Estaba á sus piés, como los galanes de las comedias.) (Alto.) Conque ha salido Quiroga?

JUANA. Sí señor. Pero qué tiene usted? ¿Y Pepita? ¿Vendrá á comer con nosotros?

MARCOS (Ap.) (Hoy mismo hay que sacar de aquí á ese muchacho.) (Alto.) ¿Dónde está Quiroga?

JUANA. No sé, salió esta mañana; me dijo que volvería con don Benito.

MARCOS. Don Benito! Buena la ha hecho Benito! ¿Pero dónde está?

JUANA. ¿Don Benito?

MARCOS. Quiroga, señora, Quiroga!

JUANA. (Mirándole sorprendida.) Pero don Marcos, ¿qué le pasa á á usted hoy?

CALISTO. (Desde el pupitre.) Me temo que haga alguna barbaridad este hombre.) (Se oye dentro la voz de Quiroga, que canta.) El principal! Ahí le tiene usted. (Váse por el foro.)

ESCENA V.

JUANA, D. MARCOS, QUIROGA.

QUIR. Hola, Marquitos! Buenos dias!

MARCOS. Por fin, hombre!... Por fin!...

QUIR. Qué? ¿estás de mal humor? ¿Has hecho antesala? Pues hijo el negocio es lo primero, y acabo de cerrar uno que... hasta allí!

JUANA. Sí?

QUIR. Ya verás. He comprado todas las malvas de la provincia de Murcia.

MARCOS. ¡Son malvas!... (Ap.) (Pero falta te hacen!)

QUIR. El monopolio de las malvas viene siendo mi pesadilla desde que me establecí de droguero y herbolario.

JUANA. Á todo esto no me dices si don Benito y la Emilia ven-

drán á comer.

QUIR. Sí, pichona, los dos vienen.

JUANA. ¿Los dos? Ya se habrá hecho de rogar el marido!

QUIR. Al contrario. Emilia aparentaba no querer venir, y esto fué lo bastante para que don Benito, que gusta de hacer el tirano en su casa, la mandase que se vistiera al momento—precisamente lo que ella quería.—Já! já! Con ese airecito de pazguata ya sabe la tal Emilia dónde le aprieta el zapato! No quisiera verme en el pellejo de Benito... ¿eh, Marcos? aunque yo no me dejaría engañar así...

MARCOS. ¿Tú no? (Ap.) (Qué maridos estos!)

QUIR. Yo tengo buena nariz! Yo cazo largo, como dice mi Juanita. ¿No es verdad, hija mia, que yo cazo largo? Ademas, no estoy por el sistema de encerrar á las mujeres bajo siete llaves. Ya ves la mia. Yo la dejo en libertad.

MARCOS. Sí... (Con intencion y mirando á Juana.) Y ella te lo agradecerá, no lo dudo. (Ap.) (¡Qué pulla! Creo que la he hecho ruborizarse.)

JUANA. Voy á dar una vuelta por allá dentro.

QUIR. Sí; no hay que abandonar las hornillas! Procura no dejarme feo! Mira que Marcos y Benito están muy echados á perder.

JUANA. Bien, bien.

QUIR. Que no digan que el droguero Quiroga no sabe hacer honor á sus convidados! (Á Marcos.) Pero, qué tienes. hombre?

MARCOS. Nada... nada...

QUIR. (Á su mujer.) Comida española neta, eh? Mucho caldo, mucha pringue! Que se chupen los dedos y coman mucho pan! El pan es un gran alimento!

JUANA. (Á D. Marcos.) Con permiso...

QUIR. (Acompañando á su mujer hasta la puerta.) Mira, Calisto puede ayudarte á hacer la salsa.

ESCENA VI.

QUIROGA, D. MARCOS.

MARCOS. (Ap.) (Que le ayude á hacer la salsa! Vamos, esto no se puede sufrir. (Dirígese á cerrar las puertas.)

QUIR. (Viniendo hácia el proscenio.) Ese Calisto es una alhaja. Entiende de todo! De telas, de drogas, de cocina, de música, sabe cortar trajes... La bata que estrena hoy mi mujer él la ha cortado... Pero ¿qué haces?

MARCOS. (Plantándose enfrente de Quiroga despues de haber cerrado las puertas.) Vengo por mi dependiente, por Calisto.

QUIR. ¿Le necesitas hoy?

MARCOS. Hoy, mañana y todos los dias.

QUIR. ¿Piensas llevártele?

MARCOS. Sí.

QUIR. ¿Por qué?

MARCOS. Porque le necesito.

QUIR. ¿Te parece que no está bien aquí?

MARCOS. Ya lo creo que está bien!

QUIR. Mi mujer y yo le guardamos consideraciones que no hemos tenido á ningun dependiente.

MARCOS. Si lo creo!

QUIR. No se le exige ningun trabajo que pueda desagradarle.

MARCOS. Si lo creo, hombre, si lo creo.

QUIR. Entónces ¿qué capricho es ese? (Ap.) (Sospecho que anda aquí la mano de su mujer.) (Alto.) ¿No conveniste con Benito y conmigo en que Calisto es más necesario en mi casa que en la tuya?

MARCOS. Benito! Benito! Qué sabe Benito!

QUIR. Quieres decirme qué yerba has pisado hoy?

MARCOS. No hay más yerba, sino que me hace falta ese muchacho.

QUIR. Á mí tambien.

MARCOS. Lo siento, pero me le llevaré.

QUIR. (Alzando la voz.) Ó no te le llevarás.

MARCOS. (Id.) Lo veremos!
QUIR. Lo veremos!

ESCENA VII.

DICHOS, D. BENITO.

BENITO. (Por la derecha.) *Lo veremos! Lo veremos!* ¿Qué es esto? ¿Regañais?
MARCOS. Repito que me le llevaré!...
BENITO. (Á Quiroga.) Pero ¿qué es lo que se quiere llevar?
QUIR. Viene por Calisto!
BENITO. ¿Por Calisto? (Sorprendido.)
QUIR. Se empeña en que vuelva á su casa?
BENITO. ¿Otra vez?
QUIR. Lo que oyes!
BENITO. (Á D. Marcos.) Pero, hombre, criatura, tú tienes los diablos en el cuerpo! (Ap.) (Nos costó poco trabajo sacarle de allí!)
QUIR. (Ap. á D. Benito.) (Eso es cosa de su mujer!)
BENITO. (Ap.) (Tu, tu, tu!) (Alto.) No cedas, Quiroga!
QUIR. Yo ceder! El dueño de la droguería «La Numancia» ceder!...
MARCOS. (Ap. á D. Benito.) (Apóyame, hombre!)
BENITO. Mira, Marcos, el trato es trato. No nos vengas con...
MARCOS. ¿Y á tí quién te da vela en este entierro? (Al oido.) (Apóyame, hombre!)
BENITO. Jé! jé! Tú, Quiroga, dice que le apoye!...
MARCOS. Hum! (Haciendo un gesto de desesperacion.) Pues bien, transijamos.
BENITO. Es lo mejor... sí...
MARCOS. Renuncio á Calisto... con una condicion.
QUIR. Dila.
MARCOS. Que Benito le tome á su servicio.
BENITO. ¿Yo? ¿Que le tome yo? Ni necesito más dependientes ni quiero ver á ese niño en mi casa.
QUIR. Pero ¿por qué ha de ser eso? Calisto me hace falta á

mí!... Mi mujer está ya acostumbrada á él!

MARCOS. (Ap.) (Uff! Acostumbrada! Qué barbaridad !)

ESCENA VIII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. (Saludando.) Don Benito...

BENITO. (Id.) Hola, madama!

QUIR. ¿Quieres algo, hijita?

JUANA. Mira, hay que ir por un melon.

QUIR. ¿Un melon?

JUANA. La chica está muy ocupada con las albóndigas.

QUIR. Hola! Tenemos albondiguillas! (Restregándose las manos.)

JUANA. No me atrevo á mandar á Calisto.

QUIR. ¿No?

JUANA. Ya ves; hace tan rara facha un hombre con un melon debajo del brazo...

QUIR. Y qué quieres?...

JUANA. Á tí ya te conocen en la calle!

QUIR. Y en todo el barrio! ¿Quién no conoce á Quiroga el droguero?

JUANA. ¿Si quisieras ir tú por él?...

MARCOS. (Ap.) (Á que va! Será tan bolonio como todo eso! Bonita comision! Y no conoce que lo que quieren es quitarle de en medio.) (Alto.) No, Juanita; que no se moleste nadie. Yo iré por el melon, pero como he quedado en enviar por mi mujer, me hará usted el favor de que Calisto vaya á buscarla. (Ap.) (Así consigo separarlos!)

BENITO. (Ap.) (Qué ceguedad de hombre! Parece que lo hace expresamente! Hemos sacado á Calisto de su casa por evitarle un serio disgusto y ahora él mismo lo envía en busca de su mujer.) (Alto.) Señor, no incomode usted á nadie. Yo iré por doña Pepita.

QUIR. Sí, mejor es; mi mujer necesita á Calisto.

MARCOS. (Ap. á D. Benito.) (¿Tú sabes lo que estás haciendo, des-

dichado?

BENITO. Qué, hombre? Qué?

MARCOS. (Ap. á D. Benito.) Cuando trato de separar á Calisto de esa mujer!...

BENITO. (Id. á D. Márcos.) (¿De qué mujer?)

MARCOS. (Id.) (De Juana! Se entienden! Los he sorprendido!)

BENITO. Como! (Ap.) (Tambien aquí!)

MARCOS. Es un escándalo! Por supuesto, que en mi casa cómo había de haber pensado siquiera!... Ven, ya te contaré. (Salen por la derecha.)

ESCENA IX.

CALISTO, JUANA, despues EMILIA.

Al salir D. Benito y D. Marcos entran Calisto y la criada trayendo una mesa cubierta con un mantel.

JUANA. María, traiga usted los platos de flores, los que están en lo alto del aparador. Cuidado con hacer tiestos. (Á Calisto.) Usted me ayuda á poner la mesa.

EMILIA. ¿Dan ustedes permiso?

JUANA. Emilia!

CALISTO. (Ap.) (Es guapa esta mujer!)

JUANA. Temíamos que don Benito no la hubiese dejado venir.

CALISTO. (Ap.) (Los mismos ojos!)

JUANA. Tiene usted un marido tan raro!

EMILIA. Ay! No lo saben ustedes muy bien!

CALISTO. (Ap.) (La misma boca!) (Dando vueltas alrededor de las dos.)

EMILIA. (Ap. á Juana.) (¿Quién es ese jóven?)

CALISTO. (Ap.) (Yo conozco esa cara.)

EMILIA. (Ap. á Juana.) (Es el dependiente que tenía don Marcos...

JUANA. Si?)

CALISTO. (Ap.) (Pues toma varas! toma varas!) (Óyese ruido de vajilla que se rompe.)

JUANA. Dios mio! Esa María ha dejado caer los platos! (Á Emilia.) Permítame usted por un momento.

ESCENA X.

CALISTO, EMILIA.

CALISTO. (Mirando á Emilia que se quita el velo.) Uy! Ahora sí que se parece á ella!

EMILIA. (Ap. Observando las miradas de Calisto.) (Qué tenacidad! Y es un chico fino!)

CALISTO. (Ap.) (Creo que simpatizamos!)

EMILIA. (Id.) (Un muchacho así nos convendría para el almacen...)

CALISTO. (Id.) (La he flechado! Decididamente la he flechado!) (Alto.) ¿Se llama usted Emilia, por casualidad?

EMILIA. Me llamo Emilia, pero *por casualidad,* no.

CALISTO. (Ap.) (Oh! Esta mujer sabe mucho!) (Alto.) Pues mire usted, yo jurara haberla visto á usted en otra parte.

EMILIA. Tal vez... ¿Ha estado usted en Villa Conejos?

CALISTO. De dos leguas de allí soy yo.

EMILIA. ¿Sí?

CALISTO. De Chinchon.

EMILIA. Entónces habrá usted oido hablar de los Escaramujos.

CALISTO. Ya lo creo! Los Escaramujos! Familia muy distinguida.

EMILIA. Yo soy Emilia Escaramujo, la hija de Estéban.

CALISTO. ¿El tuerto?

EMILIA. Sí, á papá le conocen por ese apodo; usted sabe que allí todas las personas notables tienen apodo.

CALISTO. Ya decía yo! usted fué novia de un amigo mio.

EMILIA. Yo?...

CALISTO. Teodoro Rubiales.

EMILIA. ¿Rubiales?

CALISTO. Sí... Uno guapo, á quien llamabamos el *mico;* por él la conocí á usted.

EMILIA. En efecto... no recordaba... Pero Dios mio, cuanto siento que usted sepa... Mi marido es tan celoso...

CALISTO. ¿Sí?

EMILIA. Usted debe conocerle. Don Benito García.

CALISTO. ¿Es usted la mujer de don Benito? En el pueblo todos creimos que se casaría usted con Rubiales.

EMILIA. Así debió ser. Pero mi familia prefirió á don Benito por vanidad, por amor propio. Sabe usted que los Escaramujos despuntan por la vanidad. Don Benito era rico y Teodoro...

CALISTO. Más pobre que una rata. Pobre Teodoro!

EMILIA. Ah! (Suspirando.)

CALISTO. Estuvo loco por usted!

EMILIA. ¡Ah!

CALISTO. Así hizo lo que hizo!... Ya se ve, el desengaño... la desesperacion...

EMILIA. ¿Se suicidó?

CALISTO. No. Se casó con otra. Con la primera que encontró á mano. Yo fuí testigo en su boda. El dia en que se casó me llamó aparte y me dijo, con gran misterio entregandome un paquete de cartas: «Eso es todo lo que me resta de ella. Hazme el favor de quemar esos papeles. Yo no tengo valor para hacerlo.»

EMILIA. Pobrecillo!

CALISTO. La quería á usted mucho! mucho!

EMILIA. ¿Y usted quemó las cartas?

CALISTO. ¿Yo?... Ese era mi deber... Pero tambien me faltó el valor...

EMILIA. ¿Á usted?

CALISTO. Sí.

EMILIA. No comprendo.

CALISTO. Sí, por que, falso amigo,... osé violar el sagrado de la correspondencia!...

EMILIA. Cómo!

CALISTO. Las leí!!

EMILIA. Ah!

CALISTO. Y despues de haberlas leido, no tuve fuerzas para destruir aquel tierno idilio de treinta y nueve pliegos, que ha sido para mí la cartilla del amor. Las he guardado.

EMILIA. Dios mio! No sabe usted á lo que me expone: una carta se extravía tan fácilmente...

CALISTO. Es un paquete, no es una carta.

EMILIA. Si mi marido llegase á sospechar que yo he amado á otro hombre, no me lo perdonaría nunca.

CALISTO. ¿De veras?

EMILIA. Benito es capaz de todo. Usted no le conoce, es un Otelo. Me mataría...

CALISTO. Diablo!

EMILIA. Por Dios, mis cartas! Déme usted esas cartas!

ESCENA XI.

DICHOS, QUIROGA.

QUIR. (Con una botella debajo de cada brazo y otra en cada mano.) Hoy se echa la casa por la ventana! (Reparando en Emilia.) Hola! Tanto bueno?... Dispense usted que no la dé la mano... Caramba! (Dirígese á poner las botellas en el aparador.) Ya tendría usted ganas de salir una vez de sus cuatro paredes.

EMILIA. Sí señor.

QUIR. (Arreglando las botellas.) Ese Benito es tan severo...

EMILIA. ¡Qué quiere usted!...

QUIR. (Ap.) (Se conoce que está de Benito hasta la punta de los cabellos.) (Alto.) ¿No ha visto usted á mi Juanita?

EMILIA. Ha ido allá adentro. Vuelve en seguida. ((Quiroga abre el aparador y se agacha como buscando alguna cosa.)

EMILIA. (Ap. á Calisto.) (Necesito esas cartas hoy mismo.)

CALISTO. (Ap. á Emilia.) (Se las llevaré á usted.)

EMILIA. (Id.) (Imposible! No recibo á nadie en mi casa.)

QUIR. (Levantando la cabeza y sorprendiendo la conversacion de Emilia y Calisto.) (Ap.) (Hablan en voz baja. Observaremos.) (Agáchase de nuevo.)

EMILIA. (Á Calisto.) Busque usted un medio.

CALISTO. Lo buscaré.

EMILIA. (Á Calisto.) Hoy mismo.

QUIR. (Levantando la cabeza.) (No me había engañado! (Emilia se aparta de Calisto, éste hace como que arregla algo.) No es la

primera vez que éstos se ven.) Alto á Calisto.) ¿Qué hace usted ahí?

CALISTO. Iba á poner los cubiertos. (Dirígese á la mesa.)

QUIR. Los cubiertos! (Ap.) (Cuando digo que no es la primera vez...) (Alto.) ¿Y los platos? ¿Por qué no trae usted los platos? Á este paso no comeríamos hoy. (Váse Calisto.) (Á Emilia.) ¿Ha visto usted que tiempo?... (Ap.) (Si yo me viese en el lugar de Benito ya sé lo que había de hacer. (Alto.) Pero, y ese melon? ¿Dónde está el melon?

ESCENA XII.

DICHOS, D. MARCOS, D. BENITO.

MARCOS. (Con el melon.) Aquí estoy, hombre! Aquí estoy!

QUIR. Gracias á Dios! Precisamente estaba pensando en tí.

EMILIA. (Á D. Benito.) Ayudaré á poner la mesa. La pobre Juana debe de estar muy ocupada en la cocina.

BENITO. Sí, ayúdales, sirve de algo.

QUIR. (Ap.) (Qué maridos!) (Alto á Emilia.) No se moleste usted, Calisto y yo despachamos en un momento.

BENITO. No faltaba más! Tú aquí con nosotros. (Á Emilia.) Ayuda á ese muchacho.

QUIR. (Con intencion.) Puesto que te empeñas... (Ap.) (No los perdamos de vista.) (Apártase á un lado de la escena, desde el cual sigue los movimientos de Emilia y Calisto.)

MARCOS. (Á D. Benito.) ¿Y mi costilla?

BENITO. Allá dentro queda. (Ap.) (Qué mujeres, Dios eterno.) Tres veces me ha preguntado por Calisto esa desgraciada!... Y el pobre Marcos... (Se encoje de hombros.)

QUIR. (Observando á Emilia y Calisto.) Esta Emilia se está poniendo en evidencia de un modo... (Viéndola hablar con Calisto en voz baja.) Benito! (Gritando.)

BENITO. Qué?

MARCOS. No gritas poco!

QUIR. (Abrazando á D. Benito.) Lo que es esta vez... esta vez... No me queda duda!...

BENITO. ¿De qué?

QUIR. (Cambiando de tono.) De nada... no es nada.

BENITO. Pareces preocupado...

QUIR. Pch!

BENITO. Yo tambien lo estoy. Algo me está dando vueltas en la cabeza y no sé lo que es.

QUIR. ¿No lo sabes? (Ap.) (Más vale así.) (Váse Calisto. Emilia se acerca á su marido. Quiroga se dirige al pupitre.)

MARCOS. (Ap.) (Es preciso impedir que Juana se siente al lado de Calisto, y ponerles bastante separados para que no haya telégrafos por debajo de la mesa.) (Moviendo el pie.) (Á Quiroga.) Mira, si te parece, marcaré el cubierto de cada uno con un papelito. (Toma papel y un lapiz y escribe.)

BENITO. (Ap.) (Ya sé dónde pondrá á su mujer! Como si lo viera! ¿Qué haría para quitar de en medio á ese Calisto...) Ah! Emilia! No hemos enviado á saber de Ignacio.

EMILIA. ¿Sigue enfermo?

BENITO. Está peor, Calisto puede ir en un salto...

CALISTO. (Entra trayendo platos. Emilia se aproxima á él.) (Ap.) (Qué dia de aventuras! Cuántas mujeres! (Á Emilia.) Procure usted que me pongan á su lado.

QUIR. (Observando la conversacion de Emilia y Calisto.) Benito!

BENITO. (Escribiendo en la carpeta y de espaldas á la mesa.) «Hazme »el favor de encerrar en la cueva al dador de la presente »y no le sueltes hasta despues de media noche.» (Cerrando la carta.) ¡Si supiera Marcos lo que estoy haciendo por él!

QUIR. ¡*Ejem*! *Ejem*! (Procurando llamar la atencion de Benito hácia Emilia y Calisto.) Nada! Creo que se vuelve de espaldas para no verlos.

EMILIA. (Á Calisto.) ¿ Y las cartas?

CALISTO. (Á Emilia.) No las tengo aquí. Las llevaré esta noche á donde dice ese papel. (Mostrándole un papel.)

EMILIA. (Rápidamente.) Nos observan.

CALISTO. ¿Qué hago?

EMILIA. Déjelo sobre la chimenea.)

QUIR. (Dirigiéndose á Benito en alta voz.) Pero hombre! Pero

hombre!!

BENITO. (Con semblante regocijado.) Ya... ya voy.

QUIR. (Ap.) (No he visto nada más estúpido!) (Empieza á pasear.)

MARCOS. (Repasando sus papeles.) Perfectamente... «Juana... Benito...»

BENITO. (Á Calisto.) Esta carta á casa de Quevedo, el del molino de chocolate.

CALISTO. ¿Ahora?

BENITO. Ahora mismo. (Con sequedad.)

CALISTO. Bien. Sí señor. (Hace señas á Emilia indicándole la chimenea.)

QUIR. (Observando las señas de Calisto.) No comprendo. ¿Qué habrá en la chimenea? (Calisto mete un papel debajo de uno de los jarrones ó floreros.) Ha escondido algo allí.

BENITO. (Ap.) (Es un golpe maestro el mio! (Tararea con aire de triunfo.)

QUIR. (Ap.) (Y canta! Parece mentira!)

BENITO. (Á Calisto.) ¿No va usted á eso?

CALISTO. En seguida. (Dirígese á la segunda puerta derecha. Emilia intenta aproximarse á la chimenea, pero Quiroga se interpone siempre, haciéndose el distraido. Al salir Calisto, aparece Eusebio con una servilleta al brazo.)

CALISTO. (Ap. á Eusebio con viveza.) (Necesito de usted!) (Cogiéndole por el brazo al revés.)

EUSEBIO. ¿Qué hay?

CALISTO. Grandes acontecimientos! (Ambos marchan y dan una vuelta.)

EUSEBIO. Pero...

CALISTO. Venga usted conmigo. (Salen.)

MARCOS. (Volviendo á repasar la lista de los convidados.) ¿Dónde he puesto á mi mujer? Ah! «Marcos... Quiroga... Calisto... mi mujer...»

BENITO. (Ap.) (No lo decía yo!)

QUIR. (Id.) (No hay que perder de vista la chimenea.)

MARCOS. (Á Quiroga.) Pero ¿qué hacemos? ¿se come ó no se come? Tengo un hambre horrible!

QUIR. Vayan ustedes á dar prisa á las cocineras.

MARCOS. ¿Vamos, Benito?

BENITO. Andando!

QUIR. Eso, eso, id todos! (Ap.) (Así podré sin ser visto...) (Vuélvese hácia la chimenea, y Emilia que se ha ido aproximando, retrocede.) Y usted tambien; vaya con ellos.

EMILIA. Se queda usted solo...

QUIR. No importa!

ESCENA XIII.

QUIROGA sólo.

Se fueron! (Dirígese rápidamente á la chimenea.) ¿Á ver? (Levantando el florero.) Un billete!... Sin direccion!... Es claro!... No la necesita... Será una declaracion... Afortunadamente estoy yo aquí y les haré comprender toda la enormidad de la... (Lee.) «Ah! Desventurado! Es tarde!... Una cita!... Es una cita!... Ya están en el período de las citas! Pobre Benito!... Un buen amigo!... Un hombre del comercio!... Ah! No es ella mi mujer!... Si lo fuese... yo me conozco y sé que era capaz de morirme del sentimiento!. Es preciso que se haga justicia... aquí... aquí mismo... y sobre la marcha... delante de su marido! ¡Oh! La fidelidad conyugal.

ESCENA XIV.

QUIROGA, D. BENITO, D. MÁRCOS, JUANA.

PEPA. Emilia.

BENITO. Se va á servir la comida!

MARCOS. Caramba! Creí que me moría de hambre!

BENITO. Al fin comemos! (Á Pepa.) Está usted hecha una... digo, un... Vamos, está usted guapa!

PEPA. Gracias. (Á Juana.) ¿Y Calisto?

JUANA. Es verdad! Calisto falta.

BENITO. (Á D. Marcos.) Ya habrá caido en la ratonera! (Rien.)

QUIR. (Paseando agitado.) Si no estuviese en mi casa lo tiraba todo por la ventana! (Observando que Emilia se acerca á la chimenea.) ¿Tendrá esa mujer el atrevimiento de ir á buscar?... Pues va!... Tiene la audacia, la desvergüenza de ir!... Ah! tanto mejor. Se acabaron las consideraciones!

EUSEBIO. (Trayendo la sopera.) La sopa! (Dirigiéndose todos á la mesa ménos Quiroga.)

BENITO. Partiré el melon.

QUIR. (Lanzándose en medio de todos.) No partas nada! (Ap.) (Yo soy quien te va á partir á tí. (Momento de sorpresa.)

MARCOS. ¿Qué pasa?

QUIR. (Á Eusebio.) Llévate la sopa!

BENITO. (Á Quiroga.) ¿Te has vuelto loco?

MARCOS. (Ap.) (Si sabrá algo!)

JUANA. (Á Quiroga.) ¿Qué te ha dado?

BENITO. (Id.) No comemos?

QUIR. Comer! (Declamando con énfasis.) ¿Ustedes quieren comer?... Pues bien. (Mostrando el billete.) Aquí está la comida! En la mano la tengo! Y por cierto que es difícil de tragar!

MARCOS. Ah!

BENITO. ¿Qué es eso?

QUIR. Esto es un billete! Una cita amorosa dada á una mujer que por pudor no nombro! .. (Dirigiéndose ya á un lado, ya á otro.) Y esa mujer está aquí!... Y su marido tambien!... Esa mujer me está oyendo... me está viendo!

BENITO. (Ap.) (¡Uy! La que se va armar!)

MARCOS. (Id.) (Lo sabe todo... todo!)

QUIR. (Id.) (Benito me ha comprendido!) (Leyendo.) «Esta noche á las nueve en la calle de la Lechuga, número treinta, cuarto tercero.

EUSEBIO. (Ap.) (Mi casa! Calisto me ha comprometido!)

QUIR. Y no tiene direccion. (Revolviendo el papel entre los dos.)

EMILIA. (Ap.) (El papel de Calisto!)

PEPA. (Id.) (Una cita! Hola!)

JUANA. (Id.) (¿Para cuál de las dos será?) (Mirando á Pepa y Emilia.) (Yo lo averiguaré.)

BENITO. (Id.) (Pobre Marcos!)

MARCOS. (Id.) (Pobre Quiroga!)

QUIR. (Sin mirar á nadie.) Sé que aquí va á pasar algo grave. Pero no importa! Estoy resuelto á todo! (Momento de silencio.)

BENITO. (Ap.) (Éste va á decir alguna atrocidad! No quiero que lo oiga mi mujer.) (Con disimulo indica á Emilia que se le acerque.)

EMILIA. (Ap.) (Dios mio!)

BENITO. (En voz baja y sin mirar á nadie.) (Toma el manto y márchate, hija mia.)

MARCOS. (Id. id. á Pepa.) (Vete á casa! vete!)

PEPA. (Ap.) (¿Qué temen? Yo sabré...)

QUIR. (Aproximándose á su mujer.) (Acompaña á Pepa á su casa ántes de que estalle la mina! Aquí va á haber la de San Quintin! (Las mujeres se dirigen al foro.) Benito es capaz de matar á álguien. Ya siento haber hablado. (Á Eusebio, que pasa á su lado.) Llévate los cuchillos!)

MARCOS. (Ap. al mismo.) (Cierra la ventana.) (D. Marcos, Pepa y Juana, salen sigilosamente por el foro. D. Benito se ha marchado con su mujer por la derecha.)

ESCENA XV.

QUIROGA, EUSEBIO.

QUIR. (Se sienta y apoya la cabeza entre las manos.) Qué silencio! No me atrevo á mirar á Benito. Estoy seguro de que echa lumbre por los ojos.

EUSEBIO. (Con la sopera.) ¿Va usted á comer solo?

QUIR. (Volviéndose sorprendido.) ¿Solo? ¿Y Benito? ¿Dónde está Benito?

EUSEBIO. Se marchó.

QUIR. ¿Con su mujer? ¿Y le has dejado salir? Mi sombrero! Pronto! Es preciso evitar una catástrofe! Mi sombrero!

(Eusebio le da el sombrero.) No! (Rechazándole.) Iré sin él! Esto quizás le conmoverá! Sígueme.

EUSEBIO. Vamos.

QUIR. (Deteniéndole.) ¿Sabes lo que tienes que hacer?

EUSEBIO. Usted dirá.

QUIR. Si ves que Benito tiene un arma en la mano y se lanza sobre mí...

EUSEBIO. Bien.

QUIR. Te metes entre los dos.

EUSEBIO. Pues no es poco lo que tengo que hacer!! (Al llegar al foro Quiroga tropieza con D. Benito, que llega en el mayor desórden.)

ESCENA XVI.

DICHOS, BENITO.

BENITO. ¿Donde está Marcos?

QUIR. (Cogiéndole por los brazos.) Ah! Eres tú? ¿Y ella? ¿Vive aún?

BENITO. Pero, ¿dónde está, Marcos?

QUIR. Ya no sales de aquí!

BENITO. Déjame!

QUIR. Primero pasarás sobre mi cadáver!

ESCENA XVII

DICHOS, D. MARCOS, muy agitado.

MARCOS. Quiroga! Amigo mio! ¿Dónde está Quiroga? (Á Benito.) Ah! Le tienes sujeto? No le sueltes!

BENITO. (Abalanzándose á D. Marcos.) Ya no te vas! Ya no sales de aquí! (Los tres vienen al proscenio sujetándose mútuamente.)

QUIR. (Á Eusebio.) Márchate, Eusebio! Necesitamos estar solos en este momento terrible!

EUSEBIO. (Ap.) (Qué caras!)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ménos EUSEBIO.

BENITO. Amigo Marcos! (Manifestando compasion y cariño.)

MARCOS. (Á Quiroga.) Quiroguilla!

QUIR. (Á Benito.) ¿Qué nos dices?

BENITO. Pues... nada. (Á Marcos.) ¿Y tú?

MARCOS. Pch!

QUIR. (Á Benito.) Tienes mala cara.

BENITO. Si la tendré. Esa ocurrencia me ha hecho daño.

QUIR. Naturalmente. Yo tengo los nervios...

MARCOS. (Apretándole la mano.) Lo creo, querido Quiroga! Yo me pongo en tu lugar. Cuando uno no espera ciertas cosas...

QUIR. Conozco que he hecho mal. (Movimiento de protesta en Marcos y Benito.) Sí, lo conozco. No era aquí delante de todo el mundo donde yo debía...

MARCOS. ¿Y eso te preocupa? Bah!

BENITO. Qué importa! Los amigos son para las ocasiones.

MARCOS. Sí señor. Y están obligados á compartir nuestras penas y á llorar con nosotros si es necesario.

BENITO. Si no, para qué servirían?...

MARCOS. Es el privilegio de la verdadera amistad.

QUIR. (Toma un vaso de agua y lo ofrece á Benito.) Y despues de todo, no somos hombres? Pues los hombres, en qué se distinguen de los animales? En la sangre fria! Claro! Conque á ser hombre, á tranquilizarse. (Aproximándole el vaso.)

BENITO. (Toma el vaso y lo ofrece á Marcos.) Sin embargo. La verdad es que hay cosas que...

MARCOS. Sí, hay cosas... Pero, para qué sirve la sangre fria, como dice muy bien Quiroga. (Acercando el vaso á los labios de éste, el cual lo toma sin beber.) ¿Ves? Ya estamos hablando con más calma. Ya no es tan violenta la situacion.

QUIR. Confieso que no esperaba tan pronto...

MARCOS. Ni yo.

BENITO. Francamente; yo temí que la cosa acabase de otro modo.

QUIR. Yo tambien. Pero veo que hemos obrado como hombres! (Á Benito.) ¿Y tu mujer? ¿Qué has hecho de ella?

BENITO. En casa la he dejado.

QUIR. (Abrazándole.) Bien, hombre! Bien!

BENITO. No quise que presenciara... Ya ves, era tan grave el asunto! (Á Marcos.) ¿Y la Pepita?

MARCOS. En casa tambien. (Á Quiroga.) Tu mujer ha ido con ella...

QUIR. Ya lo sé.

MARCOS. Cómo! Tu sabes?

QUIR. Sí. (Con calma.)

MARCOS. (Á Quiroga.) Sí? (Ap.) (Caracoles! y está tan tranquilo!)

BENITO. (Observando que Quiroga no cesa de mirarle.) (¿Por qué me mirará de ese modo?)

QUIR. (Ap.) (Pues señor, no lo entiendo! Está como si tal cosa.)

EUSEBIO. (Á Quiroga.) Traigo la sopa?

QUIR. (Bruscamente.) Quieres dejarme en paz? La sopa! Para sopas estamos! (Á Benito.) ¿Tú tienes hambre?

BENITO. Yo, *pch*. ¿Y tu, Marcos?

MARCOS. Eso... Quiroga...

BENITO. (Ap.) (No sospecha nada.)

QUIR. (Id.) (Que estupidez de hombre! No ha comprendido...) (Á Eusebio.) Mira, trae la sopa.

MARCOS. (Ap.) (Eso es; y mientras que comemos Dios sabe lo que hará su mujer.) (Rie.)

BENITO. (Observando la risa de D. Marcos.) Y se rie! Este Marcos no tiene dignidad! Ha perdido la vergüenza!

QUIR. (Paseando.) Despues de todo, á mí qué me importa? Allá ellos! Si él lo quiere...)

BENITO. (Ap.) (Es preciso hacérselo saber.)

QUIR. (Id.) (No! No debo callar! Sería hacerme cómplice en su deshonra!)

MARCOS. (Id.) (Se lo diré por escrito. En asuntos de honor la ver-

dad siempre!) (Sacan sus carteras y escriben recatándose unos de otros.)

QUIR. (Escribiendo.) «La cita es para tu mujer.» (Ap.) (Creo que lo entenderá.)

MARCOS. (Ap.) (Ya no puede tener duda.)

QUIR. (Á Eusebio que entra con la sopera.) Te ayudaré á quitar los cubiertos de las señoras... (Eusebio sale).

BENITO. (Á Quiroga.) Has tenido buena idea. Quitemos estorbos de enmedio.

QUIR. (Á Benito.) ¿Cuál es tu cubierto?

BENITO. Allí. (Indica la izquierda de la mesa.)

QUIR. (Á Marcos.) ¿Y el tuyo?

MARCOS. Aquí. (Señala el centro.) ¿Y tú?

QUIR. Ahí.

MARCOS. (Ap.) (Temo que le haga daño la comida, pero el honor...)

BENITO. (Poniendo el papel en la servilleta de Marcos mientras éste vuelve la espalda y Quiroga lleva unos platos al aparador.) (Así lo verá en cuanto se siente.) (Aléjase de la mesa.)

QUIR. (El mismo juego con D. Benito.) Lo pondré en el plato.

MARCOS. (Id. Id. con Quiroga.) (Ap.) (Debajo de la servilleta.) (Alto.) Vamos señores! La sopa se enfria! (Dirigíense á la mesa.)

QUIR. No equivocar los asientos, eh? (Viendo el papel y dirigiéndose á Benito.) Este es tu sitio.

BENITO. Sí; y este es el de Marcos.

MARCOS. (Levantándose.) Yo me he sentado en el de Quiroga. (Dan vuelta alrededor de la mesa y se sientan, D. Benito en el sitio donde estaba Quiroga, éste en el de D. Marcos, y D. Marcos en el de D. Benito.)

QUIR. (Al desdoblar la servilleta se encuentra el papel y dice á Don Benito.) Me habeis cambiado el plato.

BENITO. (Encontrando el papel.) Están todos cambiados! (Toma el plato que le da Quiroga y pasa el suyo á D. Marcos.)

MARCOS. (Viendo el papel.) Este no es mi plato! (Lo pasa á Quiroga.)

QUIR. (Encontrándose otro papel al desdoblar la servilleta.) Pero qué

es esto?

BENITO. Eso digo yo!

MARCOS. Un papelito cada uno! (Despues de leerlo.) ¿Mi mujer? ¿Quién ha dicho que la cita era para mi mujer?

QUIR. No! Era para la de este. (Señalando á Benito.)

BENITO. Cómo! Mi mujer! (Á Marcos.) La tuya, desgraciado, la tuya!

MARCOS. La mia! La mia! (Gritando.) Juana! Juanita!

BENITO. Emilia!

MARCOS. Pepa!

QUIR. Pero si se han marchado!

BENITO. Pues... á la guardia!

MARCOS. Ladrones! Fuego!

QUIR. (Cogiendo el sombero.) Compañeros! Union y venganza! Á la calle de la Lechuga!

BENITO y MARCOS. Sí! (Quiroga marcha de espaldas animando á sus amigos, á tiempo que Eusebio sale con la sopera. Tropiezan Quiroga y Eusebio. La sopera se rompe. Los tres maridos salen por la derecha.)

EUSEBIO. Y van á mi casa! Corro tras ellos no me rompan los muebles.

TELON.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Eusebio. Á la derecha, en primer término, puerta á la escalera. En segundo término, puerta á un gabinete. Al foro, un poco hácia la derecha, puerta de escape. En el centro puerta á otro gabinete. Entre estas dos puertas una mesa donde hay una bujía encendida. Á la izquierda dos puertas que dan frente á las dos primeras de la derecha. Junto á la primera un mueble y sobre él una bujía apagada. Á la derecha, entre las dos puertas, un velador.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, cerrando las puertas de la izquierda.

En este lado un dormitorio y un cuartito para guardar ropa. Si Eusebio supiera que he venido á ver la casa! Él esperaba darme una sorpresa. Pero, puede tanto la pícara curiosidad! Cuando una no se ha casado nunca, estas cosas tienen tanto atractivo! No! La verdad es que no debiera haber venido, porque si Eusebio llegase ahora, de pronto, yo sola aquí y él solo tambien... es decir, los dos solos, aunque estemos en vísperas de casarnos... y por eso mismo. Afortunadamente tiene mucho que hacer hoy.

ESCENA II.

ROSA, JUANA.

JUANA. (Desde la puerta.) Piso cuarto. Debe ser aquí. No hay más escaleras. (Se adelanta y ve á Rosa.) Una jóven!

ROSA. (Sin ver á Juana.) Son muy bonitos los muebles! Nada falta. (Se vuelve y ve á Juana.) ¡Ah!

JUANA. No sé... acaso vengo equivocada.

ROSA. Usted dirá...

JUANA. ¿No es piso cuarto este?

ROSA. Sí señora. (Ap.) (¿Quién será?)

JUANA. Muy bien. (Se sienta.)

ROSA. (Ap.) (Y se sienta!)

JUANA. ¿Es usted de la casa?

ROSA. (Ap.) (¿Será la tia de Eusebio?) (Alto.) Sí señora... pero... no... digo... sí.

JUANA. Como usted no se explique mejor...

ROSA. (Ap.) (Tiene mal genio! Es la tia de Eusebio.) (Alto.) No se enfade usted, señora.

JUANA. Adelante.

ROSA. Confieso que la curiosidad... (Con timidez.)

JUANA. ¿La curiosidad de qué?

ROSA. Como nos vamos á casar...

JUANA. ¿Quién se va á casar? (Ap.) (Esta chica es una charada!)

ROSA. Nosotros .. Él y yo... su sobrino de usted...

JUANA. ¿Mi sobrino?

ROSA. Eusebio, señora; el dependiente de don Marcos Sarmiento.

JUANA. Ah! ¿Eusebio es mi sobrino? ¿Y en qué lo ha conocido usted?

ROSA. (Cándidamente.) Qué sé yo! Me ha parecido que...

JUANA. Tengo cara de tia?

ROSA. Sí, señora.

JUANA. Gracias, hija.

ROSA. Pues... aunque nos vamos á casar muy pronto...

JUANA. Ya.

ROSA. No he podido dominar la impaciencia; el deseo de... ¿No se enfadará usted?

JUANA. Pero, ¿quiere usted acabar, que me tiene usted en brasas?

ROSA. Las solteras somos tan curiosas! Yo rabiaba por saber... sí señora...

JUANA. Si... (Ap.) (Creo que yo tambien voy á rabiar.)

ROSA. Rabiaba por saber lo que Eusebio tenía preparado para nuestra boda y he venido á ver los muebles y la casa, por supuesto, sin que él lo sepa.

JUANA. Y es la primera vez que viene usted á la casa?

ROSA. Sí señora.

JUANA. ¿De veras?

ROSA. Se lo juro á usted.

JUANA. ¿No esperaba usted á nadie?

ROSA. Yo, señora? ¿Á quién?

JUANA. (Ap.) (Parece decir verdad. Pero esa cita...) (Alto.) Suenan pasos en la escalera. (Prestando atencion.) Sí! Álguien sube.

ROSA. (Ap.) (Esta señora no es la tia de Eusebio, no.)

JUANA. (Inquieta.) Dígame usted dónde puedo esconderme! No quiero que me vean!

ROSA. Pero...

JUANA. Es preciso! Sálveme usted! ¡Ah! (Dirígese á la segunda puerta de la derecha.) Silencio! (Desde el umbral hace seña á Rosa para que calle.)

ROSA. (Ap.) (¿Quién será esta señora?)

ESCENA III.

ROSA, PEPA.

PEPA. (Desde la puerta.) Aquí es.

ROSA. (Ap.) (Otra mujer!)

JUANA. (Desde la puerta.) Es Pepa!

PEPA. Jóven, usted dispense. No se si habré equivocado el

cuarto.

ROSA. ¿Á quién busca usted?

PEPA. Busco... (Recorriendo la habitacion con la vista.) Busco... (Ap.) (Es la casa!) (Alto.) Perdone usted, pero esa pregunta creo que debo hacerla yo.

ROSA. ¿Usted?

PEPA. Yo. ¿Qué hace usted aquí?

ROSA. (Ap.) (Dios mio! Esta sí que es la tia de Eusebio.) (Alto.) Yo...

PEPA. ¿Es usted la inquilina del cuarto? ¿El ama de la casa?

ROSA. (Confusa.) No señora, todavía...

PEPA. Entónces, ¿á qué ha venido usted?

ROSA. Á ver los muebles.

PEPA. ¿Los muebles?

ROSA. Á ver nuestro ajuar de novios. Pero Eusebio no lo sabe.

PEPA. Eusebio!

ROSA. Conozco que he obrado mal. Pero la curiosidad... el deseo de... Como nos vamos á casar muy pronto...

PEPA. ¿Es usted la prometida de Eusebio?

ROSA. Sí señora. (Con satisfacion.)

PEPA. ¿De Eusebio Palomares?

ROSA. Sí señora.

PEPA. Ah!

ROSA. (Ap.) (Es la tia! Es la tia!) (Suena la campanilla.)

PEPA. (Con sobresalto.) Han llamado!

ROSA. ¿No está puesto el picaporte?

PEPA. Sí... creo que sí... mas, no quiero que me encuentren, no quiero que me vean aquí... (Paseando agitada.)

ROSA. (Ap.) (Dios mio! Tampoco quieren que la vean! No es la tia de Eusebio!)

PEPA. Ya vienen. (Ap.) (Si fuese mi marido, qué pensaría de mí!...) (Buscando donde meterse.) En aquella habitacion!... Observaré desde la puerta. (Dirigiéndose á la segunda de la izquierda.)

ROSA. Pero... (Yendo tras de Pepa.)

PEPA. (Desde el umbral.) Ni una palabra! (Le hace señas para que

calle y cierra bruscamente.)

ROSA. Madre mia! Qué traen aquí estas mujeres?

ESCENA IV.

ROSA, EMILIA, PEPA, JUANA.

EMILIA. (Desde la puerta.) Número diez y seis, cuarto cuarto.

JUANA. ¡Pepa! (Entreabriendo las puertas.) Emilia!

EMILIA. No sé si vengo bien.

ROSA. (Ap.) (Otra que tambien ha equivocado el cuarto. No hay duda, son enredos, laberintos de Eusebio.)

EMILIA. Dispense usted que me siente.

ROSA. (Ap.) (Infame! Tres mujeres! Le he de sacar los ojos!) (Llora.)

EMILIA. (Suspirando.) Ah! (Ap.) (No tengo gota de sangre en las venas! Qué miedo he pasado! Y ahora mismo, á qué peligro no me expongo! Mas debo recoger esas cartas á toda costa! Por fortuna mi marido no ha sospechado siquiera que la cita de Calisto fuese para mí... De otro modo, no me hubiere atrevido á salir de casa...) (Alto á Rosa.) Jóven... (Se levanta y va hácia Rosa.) jóven... ¿Estamos solas?

ROSA. ¿Solas?... (Rosa mira hácia los gabinetes donde están Juana y Pepa, y ambas entreabriendo la puerta le hacen seña para que responda afirmativamente.) Si señora, solas.

EMILIA. (Aproximándose á Rosa con misterio y bajando la voz.) Pues bien...

JUANA. (Asomando la cabeza.) ¿Qué dice?

PEPA. (Abre la puerta para oir mejor y se sorprende al ver á Juana.) Juana! (Ésta le dice por señas que calle.)

EMILIA. (Á Rosa.) Esas cartas encierran un secreto inocente, pero en ese secreto estriban la paz, la tranquilidad, el porvenir de una familia honrada!... Calisto!... (Juana y Pepa se han aproximado sigilosamente á Emilia y Rosa.)

PEPA. (Ap.) (Cómo?) (Adelantándose más.)

JUANA. (Id.) (Calisto?) (Id. Id.)

EMILIA. Y el objeto de mi venida es recoger esas cartas. Ca—

listo me citó aquí para entregármelas. Siento pasos en el corredor! ¿Será él?

ESCENA V.

DICHAS, EUSEBIO.

EUSEBIO. (Sorprendido.) Ah!
ROSA. Eusebio!
EMILIA. Juana! Pepa! Eusebio!...
EUSEBIO. Las tres aquí? (Á Rosa.) Y tú tambien?
EMILIA. (Ap.) (Qué es esto? Y Calisto? (Á Eusebio.) ¿No ha visto usted á Calisto?
EUSEBIO. Está preso!
JUANA y EMILIA. ¿Preso?
EUSEBIO. En la cueva de la chocolatería de Quevedo!
EMILIA. Dios mio! Dios mio!
EUSEBIO. Pero qué hacen ustedes aquí! Márchense inmediatamente! No hay tiempo que perder!
EMILIA ¿Qué pasa? (Con ansiedad.)
EUSEBIO. Que vienen!
JUANA. ¿Quién viene?
EUSEBIO. Ellos!
PEPA. ¿Mi marido?
EUSEBIO. Sí.
EMILIA. ¿Y el mio?
EUSEBIO. Todos!
LAS TRES. ¡Oh!?
EUSEBIO. Han jurado vengarse! Dicen que han de matar á la que encuentren aquí!
PEPA. Pero ¿de quién sospechan?
EUSEBIO. De todas!
JUANA. (Ap.) (Maldita curiosidad...)
EMILIA. Huyamos! huyamos! (Las tres se dirigen á la puerta de la derecha.)
EUSEBIO. Por ahí no! Los encontrarán ustedes en la escalera!
PEPA. ¿Por dónde entónces?
EUSEBIO. Qué sé yo!

EMILIA. ¡Ay! Yo me pongo mala!

EUSEBIO. Señora, no hay tiempo para eso!

JUANA. (Ap.) (Qué va á pensar Quiroga!)

PEPA. (Á Juana.) Mi marido me mata!

JUANA. (Á Pepa.) ¿Y cómo justificarnos sin comprometer á esa pobre Emilia!

EMILIA. ¿Pero no hay por donde huir?

EUSEBIO. Ah! Esa puerta! (Indica la de escape.) Esa puerta da á una escalera que conduce al patio.

TODAS. Vamos!

EUSEBIO. Esperen ustedes, que no tengo la llave del patio.

EMILIA. Vírgen del Cármen!

PEPA. (Ap.) (Qué estúpido es este hombre.)

EUSEBIO. Bajaré en dos brincos y haré que abran los chicos de la tienda, que son amigos mios! Pero ya están ahí! Ya suben la escalera los tres maridos! (Confusion general. Juana y Pepa vuelven á esconderse donde estaban. Eusebio hace entrar á Rosa en el primer gabinete de la izquierda, cierra y se guarda la llave.)

EUSEBIO. (Á Emilia.) Usted allí. (Gabinete del fondo.) Están en el corredor! Y no he cerrado las puertas! No hay tiempo ya. (Dirígese á la puerta de escape, apaga la luz que está sobre la mesa inmediata y desaparece.)

ESCENA VI.

QUIROGA, D. BENITO, D. MARCOS.

QUIR. (Delante con una linterna.) Ya he visto!

BENITO. (Llegando detras.) ¿Á quien mato?

QUIR. Á nadie! Calla! (Bajando la voz.)

BENITO. No dices que has visto?...

QUIR. Sí.

BENITO. ¿Á mi mujer?

QUIR. No. (Muy bajo.)

BENITO. Á la tuya?

QUIR. Tampoco.

BENITO. Entónces...

QUIR. He visto, pero no he distinguido... (Deja la linterna en el velador.)

BENITO. Ya nos has dicho eso veinte veces.

QUIR. Procedamos con calma. Primera observacion: la llave está en la cerradura...

BENITO. Y qué?

QUIR. Eso es una prueba...

BENITO. Si. De que no están encerradas.

QUIR. No lo sabemos. ¿Y Marcos?

BENITO. (Llamando junto á la puerta.) Marcos!

MARCOS (Dentro.) Á la guardia!

QUIR. (Corriendo hácia la puerta.) Las has visto? (Á Marcos.)

BENITO. ¿Dónde están? (Id.)

MARCOS. (Entrando azorado.) ¿Quién?

QUIR. ¡Ellas!

MARCOS. No he visto á nadie!

BENITO. ¿Qué hacías entónces?

MARCOS. Me habia sentado en la escalera. Vamos, decidme, ¿habeis encontrado á mi mujer? ¿Soy yo... el... el?...

BENITO. Desgraciadamente no lo sabemos todavía.

QUIR. Luces! Encendamos unas bujías! (D. Benito enciende las velas. D. Marcos enciende y vuelve á apagar maquinalmente algunas cerillas. Quiroga pasea agitado.)

BENITO. Me parece que las vamos á espantar con esta iluminacion.

QUIR. Yo quiero ver! Y ver claro! Muy claro!

MARCOS. (Ap.) (Yo quisiera ser ciego.)

QUIR. Quizás estén ya en la casa. (Mira el reló.) Las nueve menos cinco en el reló de la Puerta del Sol.

BENITO. (Id.) Menos diez y ocho en el del Hospicio.

MARCOS. Los dos adelantais. (Saca su reló.) Son las ocho y media en la parroquia de San Lorenzo. (Dando un salto.) ¡Ah!

QUIR. ¿Qué es eso?

MARCOS. Nada. (Azorado.) Nada. Creí haber oido...

BENITO. Me teneis asustado con vuestras visiones.

QUIR. Debemos registrar la casa. ¿Traeis armas?

MARCOS. Yo, la vara de medir.

QUIR. Bien. ¿Y tú? (Á Benito.)

BENITO. El cuchillo de partir bacalao.

QUIR. Registremos por debajo de los muebles.

BENITO. Debajo de los muebles no hay nada!

QUIR. ¡Qué sabemos!

BENITO. Pero ¿no estás viendo que no hay nada?

QUIR. ¡Y así son tus celos? ¿Esa es toda tu desconfianza? Pues yo en este momento dudo de mis propios ojos! No creo en mí mismo. Y para estar seguro de una cosa necesitaría verla diez veces, necesitaría tocarla, y todavía, todavía... ya, ya!

BENITO. Pero ¿qué es lo que quieres ver y tocar!

QUIR. Pchs! Yo me entiendo!

MARCOS. Amigos mios, queridos compañeros!... Una palabra! He tomado mi resolucion y suplico á ustedes que si soy yo el que ha tenido la desgracia de... pues... si soy yo la víctima...

BENITO. Ya te lo diremos...

MARCOS. No... Prefiero que no me lo digan ustedes. (Dando un salto.) ¡Ah!

BENITO. ¿Otra?

QUIR. (Á Marcos.) Pero hombre!...

MARCOS. Oh! Sí... ahora sí!... Lo que es ahora!...

QUIR. ¿Quieres dejarnos en paz?

MARCOS. He oido ruido!...

BENITO. En la escalera?

MARCOS. No lo sé; pero estoy seguro de haber oido algo... Y se me antoja que es mi mujer la que viene... Me lo da el corazon!

QUIR. Yo empiezo á sospechar de la mia.

BENITO. No! Se me ha metido en la cabeza que es la mia, y cuando á mí se me mete una cosa en la cabeza...

MARCOS. Atando cabos, y pensándolo despacio, insisto en que es mi mujer.

BENITO. No. La mia ó la de éste. (Por Quiroga.)

QUIR. No. La de Marcos ó la mia.

MARCOS. (Suspirando.) ¡Ah!

BENITO. (Id.) ¡Oh!

QUIR. (Id.) ¡Uh!

BENITO. Debemos procurar que no nos vean desde la puerta.

QUIR. Tienes razon.

MARCOS. (Ap.) (No sé lo que daría por estar solo!)

BENITO. Ocúltemonos en cualquiera parte.

QUIR. Sí.

MARCOS. Ocúltemonos. (Quiroga se dirige á la puerta del foro; Benito á la segunda de la derecha; Marcos á la segunda de la izquierda. Los tres abren y vuelven á cerrar rápidamente.)

QUIR. (Ap.) (Pepa!)

BENITO. (Id.) (La mujer de Quiroga!)

MARCOS. (Id.) (La mujer de Benito!) (Los tres permanecen de espaldas á las puertas y en el mayor asombro.)

QUIR. (Ap.) (¡Ah! Qué peso se me ha quitado de encima! No es ninguna de las que temía encontrar.)

BENITO. (Id.) (La mujer de Quiroga! Yo sospechaba de la de Marcos!)

MARCOS. (Id.) (Pobre Benito! Á él le tocó la china!) Pero ¿cómo estando ella aquí yo oía ruido enfrente? (Movimiento de silencio.)

BENITO. (Á Quiroga.) Nadie, chico, ya lo ves. No viene nadie. (Satisfecho.)

QUIR. ¿Sabes que creo eso?... (Id.)

MARCOS. Pues... claro. Eran paparruchas de ustedes.

BENITO. (Apartándose de la puerta y conteniendo la risa.) ¿Ves cómo te equivocas? (Á Quiroga.)

QUIR. Sí. Conozco, amigos mios, que en ciertos casos me pongo insoportable. (Los tres se adelantan hácia el proscenio mirándose unos á otros y disimulando las ganas de reir.)

BENITO. (Á Quiroga.) Pero ya te habrás convencido de que no hay nada de lo que tú creias. (Mira el reló para disimular la risa.) Las diez menos veinte.

QUIR. (Id.) Las diez menos cuarto...

MARCOS. (Id.) Las diez menos veinticinco. Vais adelantados... (Aproxímanse los tres haciendo grandes esfuerzos para no soltar la carcajada.)

QUIR. (Á Benito.) Con que dices tú que no hay nada de lo que yo creía? (Se pone á silbar mirando al fondo del sombrero.)

MARCOS. (Suelta involuntariamente la carcajada y empuja á Quiroga para disimular.) Qué cosas tienes!

QUIR. (Rompiendo tambien á reir y empujando á Benito.) Tunante!

BENITO. (Id. á Quiroga.) Anda, *panoli!*

QUIR. Qué buena sombra! (Le da un apabullo á Marcos, éste á Benito y éste á Quiroga. Los tres rien á carcajadas y se sientan, Benito á la izquierda, Marcos en medio y Quiroga á la derecha. Breve pausa.)

MARCOS. Pero qué risa tan tonta me ha dado! (Rie.)

QUIR. ¡Qué mundo este!

BENITO. ¿Eh? Qué estás ensartando ahí?

QUIR. Nada! Una tontería! Se me ha ocurrido decir: «qué mundo este.» (Rien de nuevo los tres.)

BENITO. (Ap.) Y ahora, cómo haré para que Quiroga no descubra? ... Si pudiera yo sin que él lo notase...

QUIR. (Ap.) (Es preciso sacar de ahí á esa mujer. Estando aquí Marcos es difícil, pero...) (Apaga la luz que está sobre el velador.) Una ménos!

BENITO. (Ap.) (Cuando me acuerdo del afan de Quiroga por las luces!... Quería ver claro! Infeliz!) (Apaga de un estornudo la luz que está sobre la mesa de la izquierda.) Pues señor, me he constipado!

MARCOS. Pero ¿nos vamos á quedar á oscuras? Corre un aire!... Atizaré esa luz... (Dirígese al foro.)

QUIR. (Levantándose.) Benito!

BENITO. (Id.) Qué hay? (Vienen hácia el proscenio.)

MARCOS. (Apagando intencionadamente la bujía.) Bien, hombre, bien! Me he lucido! ¿Y cómo nos vamos á arreglar ahora? No encuentro las cerillas!

QUIR. (Riendo.) Ya estás tú buena pieza! (Ap.) (No sabe lo que ha hecho! Pondré en salvo á la Pepa.)

BENITO. (Ap.) (Aprovecharé la oscuridad para dar suelta al pajarito.)

MARCOS. (Ap.) (Ahora ya sé lo que tengo que hacer.)

QUIR. (Id.) (¿Dónde estoy?)

BENITO. (Id.) (¿Cómo me arreglaré para dar con la puerta...)

QUIR. Señores! Nadie se mueva! Yo encenderé... (Andando á tientas.)

BENITO. Eso es. Quieto todo el mundo! (Id.)

MARCOS. Nada de bromas! (Id.)

QUIR. Cada uno en su sitio! (Id.)

BENITO. Yo no me muevo! (Id.)

MARCOS. Ni yo! (Id.)

QUIR. (Ap.) (Yo estaba en esta direccion. La puerta está á la izquierda...) (Marcha hácia el foro.)

MARCOS. (Tropezando con Benito y volviéndose de espaldas al público.) Hola! Alguien anda por aquí! Esta es mi derecha! Marchemos de frente. (Dirígese á la derecha.)

ESCENA VII.

DICHOS, EUSEBIO, y despues ROSA, EMILIA, JUANA y PEPA.

EUSEBIO. (Entreabriendo la puerta de escape.) No se oye nada!... Se habrán marchado... Sacaré á Rosa de su encierro. (Dirígese á la puerta del gabinete y abre sin hacer ruido.)

QUIR. (Abriendo la puerta de la habitacion donde está la mujer de Benito.) Salga usted! (Sale Emilia y le da el brazo.)

BENITO. (Sacando á Pepa.) Venga usted, señora, venga usted! (Le da el brazo. (Ap.) (Qué tino!)

MARCOS. (Sacando á Juana.) Silencio, hija mia! (Le da el brazo.) (Ap.) (Cómo acerté con la puerta!)

EUSEBIO. (Á Rosa en voz baja.) ¿No ha habido pelotera? Están todos vivos?... Encenderé la luz... Por aquí debe estar la bujía... (Dirígese á la puerta del corredor á tiempo que los maridos salen de puntillas. Estos van á tropezarse cuando Eusebio enciende una cerilla.)

MARCOS. Don Benito y Quiroga. (Soplando á la vez.) Chit!

EUSEBIO. (Retrocediendo.) ¡Oh!

JUANA. (Á Marcos.) Déjeme usted! (En voz baja.)

EMILIA. (A Quiroga.) Caballero!... (Id.)

PEPA. (Á Benito.) ¿Qué es esto? (Id.) (Las tres desaparecen, una

por la puerta de escape y las otras dos por la derecha.)

BENITO. (Ap.) (La voz de la mujer de Marcos!)

QUIR. (Id.) (Era la mujer de Benito!)

MARCOS. (Id.) (Pero... cómo es que me he encontrado con la de Quiroga!)

QUIR. (Id.) (Eran dos!)

MARCOS. (Id.) (Eran dos!)

QUIR. (Id.) (Y si fuesen tres?) (Alto á Benito.) ¿Por qué apagaste la luz?

MARCOS. ¿Y tú?

BENITO. ¿Y tú?

QUIR. (Id.) Eran tres! Sí... seguramente, eran tres! (Cogiendo á Rosa que se dirige á la puerta.) Una! Ya tengo una! Luces ahora! Luces!

BENITO. Luz!

MARCOS. Una luz!

EUSEBIO. (Procurando encender.) Malditos fósforos!... No arden!... (Ap.) (Si fuese Rosa todo estaba arreglado.)

MARCOS. Pero enciendes ó no?

BENITO y QUIR. Una luz! (Eusebio enciende.)

QUIR. (Viendo á Rosa.) Cómo!

BENITO y MARCOS. ¿Qué es esto?

LOS TRES. (Ap.) (No es la mia!)

QUIR. (Id.) (No soy yo!)

MARCOS. (Id.) (No soy yo!)

BENITO. (Id.) (No soy yo!)

MARCOS. ¿Quién es esta jóven?

EUSEBIO. (Tímidamente.) Esta jóven... es... Rosa.

QUIR. ¿Rosa?

MARCOS. ¿Y qué Rosa es esa?

EUSEBIO. Señor, mi novia.

QUIR. y BENITO. Su novia!...

EUSEBIO. La que muy pronto será mi esposa.

MARCOS. Ya! No lo es todavía, ¿eh?

QUIR. (Ap.) (Esta es la otra! Yo tenía razon, eran tres!)

MARCOS. (Ap.) (De modo que esta es la tercera!) (Rie.)

BENITO. (Ap.) (De buena me he librado! Ellas eran tres!... Fal-

taba una que es esta muchacha... luégo los que pagan el pato son... Pobrecillos!)

ROSA. (Á Eusebio.) (Vámonos, sácame de aquí!)

EUSEBIO. Con el permiso de ustedes voy á acompañar á mi novia.

MARCOS. Sí, hombre. (Ap.) (Eso debías haber hecho ántes.) (Ruido.)

QUIR. (Anda con Dios.) (Id.)

BENITO. (Adios, hombre, adios.) (Id. Eusebio y Rosa salen por la puerta de escape.)

ESCENA VIII.

D. MARCOS, QUIROGA, D. BENITO, CALISTO.

QUIR. Conque señores, venimos á sacar en claro que todo ha sido una falsa alarma!

MARCOS. Si lo estoy diciendo desde el principio!

BENITO. Yo sé que puedo estar tranquilo.

QUIR. Pues vaya! Y yo!

MARCOS. Todos! hombre, todos!

CALISTO. (Llegando muy sofocado.) ¡Oh!

QUIR. Calisto!

MARCOS. (Ap.) (Éste aquí? Uy! uy! uy!)

BENITO. (Id.) (Á que la echamos á perder?)

QUIR. (Id.) (Es preciso impedir que hable.) (Alto á Calisto.) Ya sé lo que te trae.

CALISTO. (Ap.) (Lo sabe! ¿Qué diré?)

QUIR. (Id. á Calisto.) (Calla!)

MARCOS. (Ap.) (Bien decía yo que era éste!)

BENITO. (Ap. á Calisto.) (Silencio!)

MARCOS. (Id., id.) (Chist!)

CALISTO. (Ap.) (Qué va á ser de mí!)

QUIR. (Alto á Calisto.) Adivino el objeto de tu venida. (Marcos y Benito hacen seña á Calisto para que calle.)

QUIR. (Ap.) (Ahora, maquiavelismo!) (Alto.) Tú vienes á decirme que... ha ocurrido alguna novedad en el esta-

blecimiento.

BENITO. (Al oido á Calisto.) (Dí que sí.) (Calisto hace un signo afirmativo.)

QUIR. ¿Lo ven ustedes? (Benito y Marcos disimulan la risa. Ap.) (Más maquiavelismo!) (Alto.) Ó se ha roto algo... (Benito hace seña á Calisto para que diga que no. Marcos le indica lo contrario.)

CALISTO. (Turbado.) No... sí...

QUIR. Ó se ha puesto mala mi mujer. (El mismo juego por parte de D. Benito y D. Marcos.)

CALISTO. (Mirando á uno y otro.) Si... no... si...

QUIR. (Á D. Marcos y D. Bentio.) No me le distraigan ustedes! (Á Calisto.) Responde, hombre!

CALISTO. Pues... sí... la señora...

BENITO. (Á Calisto ap.) (No hables de la señora!)

QUIR. Bien! ¿Qué le ha pasado á la señora?

CALISTO. (Aturdido.) Nada... no... sino que se ha roto...

QUIR. ¿Qué se ha roto? (Marcos y D. Benito hacen señas afirmativas á Calisto.)

CALISTO. Sí señor.

BENITO. (Ap. á Calisto.) (Eso... eso...)

QUIR. ¿Qué dices?

CALISTO. Sí señor... se ha roto...

QUIR. Pero, qué es lo que se ha roto, animal?

CALISTO. El frasco de las sanguijuelas... (Ap.) (Y no es mentira.)

QUIR. (Ap.) (Cómo me comprende!) (Alto.) Conque el frasco de las sanguijuelas, ¿eh? (Á Marcos y Benito.) ¿Están ustedes viendo lo que yo decía? (Á Calisto.) ¿Y cómo ha sido eso?

CALISTO. Señor, no lo pude remediar.

QUIR. (Ap.) (Ah, tuno! Qué bien sabe fingir!) (Alto.) ¿Y qué has hecho?

CALISTO. Recoger las sanguijuelas; vea usted cómo me han puesto las manos.

QUIR. ¡Es verdad! Y yo había creido...

MARCOS. Hombre! Tiene gracia! (Rie.)

QUIR. Habrá imbécil! Un bote de cristal que me costó cuatro

duros!

BENITO. (Ap.) (Nunca viene un mal solo...)

QUIR. Y ¿dónde has puesto las sanquijuelas?

CALISTO. Las he repartido en cuatro frascos más pequeños.

QUIR. Cómo?

MARCOS. Sistema cantonal... federalismo sanguijolero.

QUIR. (Á Calisto.) Pero de qué frascos hablas? ¿De los azules? (Alarmado.)

CALISTO. No señor, de los blancos.

QUIR. ¿De los blancos? ¡Asesino! ¿Qué has hecho? (Yendo hácia Calisto con aire amenazador.)

BENITO. (Interponiéndose.) Pues?...

MARCOS. (Id.) ¿Qué?

QUIR. ¡Ha echado las sanguijuelas en espíritu de vino!

BENITO. (Id.) (Qué barbaridad! (Rie.)

MARCOS. (Id.) (No habrán tomado mala borrachera!)

QUIR. Yo le mato! le mato!

BENITO. Cálmate, hombre, cálmate.

QUIR. Trescientas sanguijuelas perdidas!

CALISTO. Me equivoqué. Creí que era agua.

BENITO. (Á Quiroga.) Se equivocó. Ya lo oyes. Cualquiera comete una equivocacion.

MARCOS. Sí, cualquiera confunde el agua con el espíritu de vino.

BENITO. Lo más fácil. El mismo color.

MARCOS. Y el mismo olor... (Ap.) (Se necesita ser camello.)

QUIR. Yo juro que no te irás sin tu merecido. (Coge á Calisto por los hombros. Calisto lucha por desasirse; Benito y Marcos intervienen en favor de Calisto.)

BENITO y MARCOS. Quiroga!

BENITO. Dejadme! (En la lucha, Calisto deja caer un paquete de cartas.)

QUIR. (Ap.) (Las cartas! Dios mio! Las cartas!)

QUIR., BENITO y MARCOS. (Fijándose en el paquete.) ¿Qué es eso? ¿Á ver?

CALISTO. (Ap.) (Todo se ha perdido!) (Alto.) Señores! señores! Respeten ustedes un secreto de... (Todos procuran coger

el paquéte. Calisto le pone el pie encima. Quiroga pisa á Calisto.)

CALISTO. (Retirando el pie.) ¡Ay!

QUIR. (Pisado por D. Marcos.) ¡Ay!

CALISTO. Por favor, señores! (D. Benito se apodera de la vara de medir de Marcos y amenaza á los piés de Quiroga, Calisto y Marcos. Estos saltan en todas direcciones.)

BENITO. (Recogiendo el paquete.) Triunfé!

CALISTO. (Á D. Benito.) Don Benito!... Usted es caballero!... Respete usted un secreto de...

QUIR. (Á D. Benito.) Dame eso!

CALISTO. (Id. id.) Que tiene usted en sus manos la suerte.... el porvenir de...

MARCOS. (Ap.) En buenas manos está el pandero!

QUIR. (Á Calisto.) Calla, animal! (Alto.) Benito!... No leas!... Dame esos papeles!...

BENITO. Primero me arrancareis la vida!...

CALISTO. Señor!...

BENITO. Un secreto! Vender yo un secreto de honor!...

CALISTO. No se trata de eso...

BENITO. Cómo!

CALISTO. Ese paquete solo contiene recetas!...

BENITO. ¿Recetas? (Ap.) (Ya te entiendo!)

CALISTO. Sí señor... Recetas de preparaciones quimícas... Secretos de tocador... Ya saben ustedes que soy aficionado á la quimíca...

MARCOS. (Ap.) Sí. Ya sabemos como tratas á las sanguijuelas.

QUIR. (Á D. Benito.) Tal vez sea cierto lo que dice... Veamos. (Coge á D. Benito por el brazo en que tiene el paquete.)

BENITO. (Pasando el paquete á la otra mano.) Nunca!

MARCOS. Á mí! á mí! (Le coge por el otro brazo.) Dámele á mí!

BENITO. Jamás! (Coge el paquete entre los dientes.)

QUIR. (Sin soltar á D. Benito.) Te lo suplico!... te lo ruego!...

BENITO. Hum!

QUIR. En nombre de nuestra antigua amistad!

BENITO. Hum!

MARCOS. Benito! Benitito!

BENITO. Hum! (Quiroga y D. Marcos intentan apoderarse del paquete. D. Benito hace un supremo esfuerzo y consigue verse libre.)

CALISTO. (Ap.) (Ay! San Bruno! Al fin va á ver las cartas!)

QUIR. No leas, Benito!

MARCOS. Benito, no leas!

BENITO. (Apartándole con solemne ademan.) Una palabra, señores! Una palabra! En cuarenta y cinco años que llevo dedicado al comercio de ultramarinos, he aprendido á conocer las necesidades del hombre! Yo me considero interesado tal y como el que más, en descubrir el contenido de estos papeles, porque cuando se trata de la vindicta pública del indivíduo, á Benito Sarmiento nadie le moja la oreja! Pero las cosas dudosas son las que han de ponerse en claro... ¿pues?... que las claras no hay para ponerlas!... Y puesto que aquí todo salta á la vista... lo mejor... (Sonriendo maliciosamente.) lo mejor es... cerrar los ojos... porque como dice mi mujer... en circunstancias críticas, medidas extravagantes. (Rompe el paquete y aproxima los pedazos á la llama de la bujía.)

QUIR. ¿Qué haces?

BENITO. Jé! jé! Cortar por lo sano.

CALISTO. (Ap.) (¡Oh fortuna! Él mismo!...)

BENITO. (Ap. á Calisto.) (Calla y tendrás mi proteccion!)

QUIR. (Á D. Benito.) Deja que te abrace!

MARCOS. (Ap.) (Ya puedes abrazarle!) (Alto.) Toca ahí, hombre! Eres un genio! (Alargándole la mano.)

QUIR. Abrázale, Marcos! (Ap.) (No sabes el favor que te ha hecho!)

BENITO. Sí. Bien podeis abrazarme los dos! (Volviéndose á uno y á otro. Ap.) (Pobrecillos! Cuánto se va á reir mi mujer!) Conque, ¿aprobado?

MARCOS. Aprobado!

QUIR. No cabe más tino, ni más diplomacia!

BENITO. ¿Sí, eh? Los asturianos todos somos diplomáticos...

QUIR. (Ap.) (Ó aguadores.)
(Al público.) Hablando del matrimonio
dice un autor imparcial,

que es bocado celestial
si no lo guisa el demonio.
Quien quiera dar testimonio
de que en el festin de amor
le cupo el plato mejor,
muestre que el suyo le agrada,
concediendo una palmada
que pido para el autor.

FIN.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1378.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
		Caer en la Trampa.....	1	D. Eduardo S. Castilla..	Todo.
»	»	C. Martines.....	1	Lasala y O. de la Torre	»
2	5	El censo de poblacion.....	1	Javier de Búrgos. ..	»
4	4	El conde Patricio..... ..	1	G. Sanchez Castilla..	»
5	2	El otro yo.....	1	José Estremera.....	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
4	1	Perez y Quiñones.....	1	Vital Aza.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell.....	»
3	2	¿Quién es Calleja?.....	1	Vidal y Caballero....	»
»	»	Próspero y Vicente.....	2	R. Lopez del Rio....	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. o. p..	2	J. M. Anguíta.....	»
2	1	Amor y amor propio.....	3	Fuentes y Alcon....	»
		La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Coello y Herrero....	»
9	4	Las penas del purgatorio.....	3	C. Arana y Fuentes..	»
»	»	Trabajar por cuenta propia...	3	Leandro A. Herrero.	»
		ZARZUELAS.			
3	1	El ruego de una madre.....	1	Sebastian Cuellar. ..	L. y M.
		En la calle de Toledo.....	1	B. de Cortes y Rubio.	L. y M.
		Ternera, siete, 3.º.....	1	Isidoro Hernandez...	Música

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.